

EL ZUIDERZEE.

Quedábame por ver la antigua Frisia, la crebde indómata de Roma, la tierra de las hermasas mujeres, de los grandes caballos, de los invictos patinadores; la más poética provincia de la Neerlandia; y al ir á esta parte, tenía modo de satisfacer otro vivísimo deseo: el de atravesar el Zuiderzee, el último de los mares nacidos.

Esta gran concha del mar del Norte, que baña cinco provincias y que cuadra más de setecientos kilómetros, hace seiscientos años no existía.

La Holanda del Norte confinaba con la Frisia, y donde ahora se extiende el golfo, era una vasta region llena de lagos de agua dulce, el mayor de los cuales, Flevo, citado por Tácito, se hallaba separado del mar por un istmo fértil y populoso. Si el mar ha roto por sola su fuerza las márgenes naturales de esta region, ó si por el contrario, el descenso del suelo de Holanda lo ha dejado libre de la invasión, es cosa todavía no averiguada. La gran trasformacion se llevó á cabo

en distintas ocasiones y durante el trascurso del siglo XIII. En 1205, la isla de Wieringen, colocada á la extremidad de la Holanda del Norte, formaba parte todavía del continente; en 1251 ya estaba separada. En las invasiones posteriores, el mar sumergía en varios puntos el istmo que separaba sus aguas del lago Flevo, hasta que en 1282, abriéndose una brecha á través de este baluarte desencuadrado, verificaba una irrupcion en los lagos, invadiendo las tierras y alargándose progresivamente; poco á poco formaba aquel vasto golfo que se llama ahora Zuiderzee ó mar del Sur, el cual penetra con el brazo de la Y, hasta Beverwijk y Haarlem. A la formacion de este golfo se enlaza una historia varia y confusa de ciudades destruidas y de pueblos anegados, en cuyo fin empieza otra leyenda de ciudades nuevas surgidas sobre las nuevas orillas y convertidas en potentes y famosas, decayendo á su vez, y reducidas al presente á mezquinos pueblos, con calles cubiertas de yerba y con puertos llenos de arena.

Recuerdos de desventuras inmensas, tradiciones, fábulas, terrores fantásticos, usos y costumbres antiguas y extravagantes, se han formado acerca de las aguas y de las riberas de este mar único, aparecido ayer y ya coronado de ruinas y condenado á muerte. Apenas bastaría un viaje de meses para observar y recojer la parte principal

de estas historias: y solo la idea de ver, aunque de lejos, aquellas ciudades decrepitas y aquellas islas misteriosas, aquellos bancos fatales de arena, alentaba irresistiblemente mi fantasía.

Partí de Amsterdam hácia fines de Febrero, con un tiempo bellissimo, sobre uno de los piróscafos que van á Harlingen. Sabía que no habría vuelto más á la capital de Holanda. Apoyado sobre el parapeto de proa, mientras el barco se alejaba del puerto, contemplé por última vez la gran ciudad, procurando imprimir de un modo imborrable en la memoria su fantástico aspecto. Después de algunos minutos, no ví más que el contorno negro y dentellado de sus casas, sobre las cuales se alza la cúpula del Palacio Real y un bosque de campanarios aéreos, calados y brillantes. Después la ciudad se bajó, los campanarios se ocultaron uno tras otro, la punta más alta de la catedral, que por algunos momentos resistiera á la general caída, también se sumergió ella misma en el mar: y Amsterdam no fué más que un recuerdo! El barco pasó en medio de los diques gigantescos que cierran el golfo de la Y, y atravesando rápidamente el *Pampus*, el gran banco de arena que por poco no arruina el comercio entero de Amsterdam, entró en el Zuiderzee.

Las riberas de este golfo son prados, jardines y aldeas que en el verano presentan encantador aspecto; pero vistas desde el barco y en el mes de

Febrero, no parecen sino larga tira sutil de verde opaco que separa el mar del cielo. La orilla del Norte de Holanda es la más bella, y precisamente ésta es la que vá costeando el buque.

Apenas salidos del *Pampus*, se vuelve á la izquierda y se pasa á corta distancia de la isla de Marken.

Marken es famosa entre las islas del Zuiderzee, como Broek entre los pueblos de la Holanda del Norte; pero con toda su fama y aunque no dista sino una hora de la costa, pocos son los extranjeros y poquísimos los holandeses que van á visitarla. Así me dijo el capitán del barco señalándome el faro de la pequeña isla, y añadió en su juicio la razón del hecho, y era que cualquier extranjero que llega á Marken, y hasta los holandeses mismos, son seguidos por los muchachos, observados con curiosidad impertinente, y hechos objeto de la conversacion de todo el mundo, como si se tratara de un individuo caído de la luna. La descripción de la isla explica esta extraordinaria curiosidad. Es un pedazo de tierra de mil metros de ancho y tres mil de largo, desprendido del continente en el siglo XIII y que ha permanecido hasta hoy en índole, en costumbres y en la vida de sus habitantes, tal cual era hace seis siglos. El suelo de la isla es un poco más alto que el mar, y lo circunda un pequeño dique que no basta á salvarla de las inundaciones. Las casas están fa-

bricadas sobre ocho cerros artificiales y forman otros tantos barrios; uno de los cuales, el en que está la iglesia, es la capital, y en otro se halla el cementerio. Cuando el mar supera los diques, el espacio entre monte y monte se cambia en canal, y los habitantes se comunican de uno á otro barrio por medio de barcas. Las casas son de madera, y algunas pintadas; una sola es de piedra: la del pastor, delante la cual se extiende un pequeño jardín sombreado por cuatro grandes árboles que son los únicos de la isla.

Al lado de esta casa se halla la iglesia, la escuela y el ayuntamiento. Los habitantes son unos mil y todos viven de la pesca. Fuera del médico, del pastor y del maestro, todos son indígenas; ningun insular se casa en el continente; ningun continental vá á establecerse en la isla. Todos profesan la religion reformada, y todos saben leer y escribir. En la escuela que cuenta más de doscientos alumnos entre niños y niñas, se enseña Historia, Geografía y Aritmética. La manera de vestir, que dura inalterable de siglos atrás, es igual para todos y curiosísima. Los hombres parecen soldados. Usan chaqueta de paño gris oscuro adornada con dos hileras de botones, que por lo general son medallas ó monedas antiguas, transmitidas de padres á hijos. Esta chaqueta entra como una camisa dentro de un par de calzones del mismo color, anchos por arriba y estrechos por abajo, dejando

al descubierto casi toda la pantorrilla. Sombrero de fieltro ó birrete de piel, segun la estacion; corbata encarnada, medias negras, zuecos blancos ó una especie de zapatos abiertos que parecen babuchas, completan este original vestido.

Pero todavía es más original el traje de las mujeres. Usan en la cabeza un enorme gorro blanco en forma de mitra, todo adornado de cintas y bordados y sujeto por bajo de la barba como si fuera un casco. De este gorro, que cubre completamente las orejas, salen dos largas trenzas sueltas sobre el seno, presentando, además, en la frente una á manera de visera, de cabellos cortados en línea recta al borde casi de las cejas, ocultando, como es natural, la frente por completo. El vestido se compone de un corpiño sin mangas y de una basquiña de dos colores. El corpiño es color púrpura, cubierto de bordados de colores que cuestan años enteros de trabajo y que se transmiten de madre á hija por varias generaciones. La parte superior de la saya es cenicienta ó azul, ribeteada de negro, y la parte inferior de color oscuro. Cubren los brazos hasta el codo con las mangas de una camiseta blanca listada de rojo.

Las niñas y los niños se visten, sobre poco más ó ménos, del mismo modo; las muchachas se diferencian algo de las mujeres, y los dias de fiesta se alhajan más las solteras que las casadas.

Tal es este traje mixto de oriental, de guerre-

ro y de sagrado, tan extraño como las costumbres y la vida de aquellos habitantes.

Los hombres son extraordinariamente sóbrios, llegando á una edad muy avanzada. Parten de la isla la noche del domingo en sus barcos, pasando la semana de pesca en el golfo de Zuiderzee, y no volviendo á casa hasta el sábado. Las mujeres educan á los hijos, cultivan las tierras, hacen los vestidos para toda la familia. Como las mujeres del resto de Holanda, son apasionadas de la limpieza y del adorno de la casa, y hasta en las cabinas se ven cortinas blancas, cristales de color, mantas y colchas bordadas, espejos y flores. La mayor parte muere sin haber visto más tierra que la de su pequeña isla. Son pobres; pero no conociendo ningun estado superior al suyo, ni sintiendo necesidades ni deseos que satisfacer, ignoran su propia pobreza. Entre ellos no hay ni cambios de fortuna ni diferencias de clase. Todos trabajan y ninguno sirve. Los únicos acontecimientos que rompen la monotonía, son los nacimientos, los matrimonios, las muertes, una pesca abundante, la llegada de un extranjero, el paso de un buque, la tempestad marina. Oran, aman y pescan: á esto se reduce su existencia, y así se suceden las generaciones á las generaciones, conservando inalterable, como sagrada herencia, la inocencia de los hábitos y la ignorancia del mundo.

Pasada la isla de Marken se ven en la costa del

Norte de Holanda un campanario, un grupo de casas encarnadas y alguna que otra vela de barco.

Es Monnickendam, aldea de trescientos habitantes, en otro tiempo ciudad floreciente que con Hoorn y Enckhuisen, venció é hizo prisionero al almirante español Bossu, del cual les cupo en suerte, por trofeo, el collar del Toison de Oro; á las otras dos ciudades tocó la espada y la copa. Pasado Monnickendam, se ve el pueblo de Volendam, la pequeña ciudad de Edam, de donde tomó el nombre aquel queso de corteza encarnada, *fama super étera notus*.

A esta ciudad se refiere una leyenda bastante curiosa, representada en un antiguo bajo relieve que se ve todavía sobre una de sus puertas.

Hace algunos siglos que paseando varias muchachas de Edam en la playa, vieron á una mujer de extraño aspecto nadando en el mar, y parándose de trecho en trecho, mirándolas con aire de curiosidad; la llamaron y se acercó; le hicieron seña de que saliese del agua, y salió á la orilla. Era una bellísima mujer, toda cubierta de césped y yerbas marinas, unidas á sus carnes como el musgo á la corteza de los árboles. Algunos creen que tuviese cola de pez; pero un grave cronista holandés afirma que oyó contar el hecho á un testigo ocular, y asegura que tenía las piernas como las demás mujeres. La interrogaron, no comprendió y respondió con voz dulcísima en un

lenguaje desconocido. La condujeron á casa, le rascaron la yerba en toda la extension de su piel, la vistieron de mujer holandesa y la enseñaron á hilar. No se sabe cuánto tiempo permaneció en este nuevo estado; mas la leyenda dice que á pesar de haberle quitado las plantas marinas adheridas á su cuerpo, y no obstante el nuevo traje y las nuevas costumbres, se sentía arrastrada hácia el mar por un instinto irresistible; y que despues de haber intentado en vano varias veces volver á su elemento nativo sin poderlo conseguir, merced á la perpétua vigilancia en que la tenían, un día, por último, consiguió arrojarse al agua, y nadie volvió á tener noticia de ella. ¿De dónde había venido? ¿A dónde fué? ¿Quién era? Dios lo sabe. El hecho es que sobre las costas del Zuiderzee todo el mundo habla aún de la mujer marina de Edam, y que el que se atreve en un círculo de campesinos á decir que aquella mujer debía ser una foca, se expone con toda seguridad; y creo que la gente del campo tiene razon, porque no se debe hablar ni aventurar sentencias sobre aquello que no se ha visto.

Edam, que antiguamente era una ciudad floreciente de más de veintiseismil habitantes, ha sufrido la misma suerte de las demás ciudades del Zuiderzee, no siendo en la actualidad sino un villorrio.

Yendo de Edam á Hoorn no se ve casi la cos-

ta, y por esto volví toda mi atencion al mar. Sobre el golfo de Zuiderzee se puede observar, como en inmenso espejo, la movilidad maravillosa del cielo de Holanda. Es el más jóven de los mares de Europa, y presenta verdaderamente en su aspecto todos los caprichos, todas las inquietudes, todas las variaciones inesperadas é inexplicables de la edad juvenil. Aquel día, como casi siempre, el cielo estaba cubierto de nubes que se rompían á girones y se reunían aglomeradamente en continuo movimiento, de tal modo, que en el trascurso de una hora se sucedieron todos los cambios de luz que en nuestros países apenas si se ven en el trascurso de un día. En algunos momentos el mar se ennegrecía hasta el punto de semejar un mar de pez bituminosa, con una lejana orla luminosa y blanca, como corriente de plata viva. De repente desaparecían las negruras, y el golfo se convertía por inmensos trozos en verde claro, como si se hubiese cubierto de yerba, y las huellas azules de los barcos presentaban una imágen análoga á la de canales, apareciendo el conjunto como una inmensa verde pradera holandesa desgajada del continente y surcada de canales por todas partes. Poco despues, todo aquel color de esmeralda moría en el amarillo fangoso que daba al golfo el aspecto de pantano inmundo, en el cual debían nadar animales deformes y asquerosos. De cuando en cuando se veían los campanarios

y los molinos de la costa, como sombras lejanas á través de la niebla, y se hubiera dicho que en aquel punto comenzaba la noche y llovía copiosamente: tal era la oscuridad. Un instante despues los molinos y los campanarios y las casas parecían muy próximos y brillaban á la luz del sol como si fuesen dorados. Al lado del barco, á lo largo de las costas, en medio del golfo, era un continuo deslizarse y reaparecer de sombras, de luces, de colores, de oscuridades nocturnas, de claridades de medio día, de amenazadoras tormentas y de risueñas perspectivas: panoramas, en fin, que hacían creer que todo aquel movimiento tuviese un algo misterioso que lo provocaba, y un por qué y una significacion superior á la humana inteligencia, é invisibles espectadores que allá, en el cielo, debían solo comprender todo, y todo organizarlo y producirlo. Y de cuando en cuando se distinguían naves con las velas negras que parecían vestidas de luto para trasportar muertos.

El barco pasó á la vista de la ciudad de Hoorn, antigua capital de la Holanda del Norte, donde en 1416 se hizo la gran red para la pesca del arenque, y donde nació aquel intrépido Schouten que pasó el primero la punta extrema meridional de América, y despues volvió hácia Enckhuisen. Sobre aquel pedazo de costa que corre entre ambas ciudades, se extiende una cadena de pueblecillos

de casitas de madera y ladrillos con relucientes techos y puertas esculpidas, delante de las cuales se levantan árboles de pintado tronco. De todas estas aldeas, no se ve desde el barco sino las techumbres, como si salieran del agua, ó como si todas estas casas sobre las aguas corriesen. El color rojo de aquellas cubiertas, alguna punta de torre-cilla ó algun ala de molino, son los únicos colores y las únicas formas que rompen de vez en cuando la línea monótona é igual de la costa, cuyo perfil suavísimo se asemeja á un sutil é indefinido istmo.

Poco antes de llegar á Enckhuisen se ve la pequenísima isla de Urk, que se cree formaba antiguamente una sola con la de Schokland, situada á breve distancia de la boca del Issel. Urk se halla todavía habitada y sus aguas son visitadas por las focas que despiertan con sus gritos de noche á los habitantes; Schockland quedó desierta hace pocos años por no poder sus habitantes luchar á brazo partido con el mar, que lo amenaza de día en día para sumergirlo por completo.

El barco se detuvo en Enckhuisen.

Enckhuisen es la más muerta de todas las ciudades muertas del Zuiderzee. En el siglo XVI contaba cuarenta mil habitantes, y mandaba á la pesca del arenque ciento cuarenta barcos protegidos por veinte buques de guerra, y tenía un bellísimo puerto, gran arsenal y suntuosos edificios.

El puerto ahora está lleno de arena, su población reducida á cinco mil personas, y una de sus antiguas puertas se halla á un cuarto de hora de camino de los edificios de la ciudad; sus calles se encuentran llenas de yerba, sus casas abandonadas y en ruinas, y sus habitantes pobres y desolados. No les queda otra gloria que la de haber dado el sér á Pablo Potter.

El barco se paró algunos minutos delante de esta sombra de ciudad. Sobre el puente de desembarque no vimos sino alguno que otro marinero inmóvil, y de la población solo se divisaba alguna que otra casa, medio oculta por los buques, y una alta torre donde sonaba en aquel momento, con notas lentas, como toque de agonía, el ária de *Guillermo Tell: O Matilde t'amo é vero*. La orilla estaba desierta, el puerto silencioso, y una gran nube negra suspendida sobre la ciudad, cual paño nocturno, parecía que iba á descender lentamente para cubrirla para siempre. Era un espectáculo que producía compasion y desaliento.

Dejado Enckhuisen, el barco llegó en pocos minutos á la embocadura del Zuiderzee, entre la ciudad de Stavoren, colocada en el punto más avanzado de la costa de Frisia y Medemblik, otra ciudad decaída de la Holanda del Norte, que fué capital del país antes de la fundacion de Hoorn, y de Enckhuisen. En aquel sitio, el golfo es poco más ancho que la mitad del estrecho de

Calais. Cuando se ponga por obra la gigantesca empresa de la desecacion del Zuiderzee, en aquel paso se construirá el dique enorme que separará el golfo del mar del Norte. Este dique se extenderá desde Stavoren hasta Medemblik, dejando abierto en medio un gran canal para el movimiento de las mareas y la salida de las aguas del Issel y del Vecht; y detrás del dique, el gran golfo se irá poco á poco trasformando en fértil llanura, y el Norte de Holanda unido á la Frisia; todas las ciudades muertas de las costas se reanimarán con nueva vida, y cambiando costumbres, destruyendo islas y suprimiendo confusos lenguajes, se creará una provincia, un pueblo, un mundo. Esta gran obra costaría, segun las previsiones de los holandeses, 125 millones de pesetas; por muchos años se está estudiando, y acaso en breve se pondrá manos á la obra; mas ¡ay de mí! antes que se lleve á cabo, nosotros, nacidos hácia la mitad del siglo XIX, tendremos los brazos en cruz—como dice Praga—y las raíces de las violetas sobre la cabeza!

Apenas se pasa Medemblik, cuando se ve sobre la orilla opuesta del Zuiderzee los campanarios de Stavoren, la más antigua población de la Frisia, así llamada conforme apuntan los etimologistas por el dios Stavo, que los antiguos frisones adoraban. Esta ciudad, que no es hoy sino pequeño pueblo de aspecto triste, circundado por

grandes bastiones y por lagunas palúdicas, era en la época en que no existía aún Amsterdam, gran ciudad, bella y populosa residencia de los Reyes de Frisia, y aflúan allí todas las mercancías del Oriente y Occidente, por lo que se le puso el glorioso nombre de la Ninive del Zuiderzee. Una extraña leyenda, fundada, sin embargo, en un hecho exacto, el anegamiento del puerto por las arenas, explica la primera causa de su decadencia. Los habitantes, enriquecidos disparatadamente por el comercio, se hicieron orgullosos, vanos, dilapidadores, é iban con su desenfrenado lujo hasta el extremo de dorar las balaustradas, los clavazones de las fábricas, las puertas y hasta los muebles y utensilios más ordinarios de sus casas. Esto disgustó á Dios, el cual deliberó que era preciso castigar la insolente ciudad, tomando ocasion para la pena inmediatamente. Una rica comerciante de Stavoren armó un barco y lo mandó á Danzic con objeto de hacer un cargamento de no sé qué preciosas mercancías. El capitán del buque llegó á Danzic, pero no consiguió encontrar los objetos que deseaba la rica señora, y por no volver de vacío, cargó su nave de grano. Cuando entró en el puerto de Stavoren, la dueña, que estaba esperándole, le preguntó:—¿Qué has traído?—Y el capitán respondió humildemente:—Grano;—á lo cual la orgullosa comerciante repuso con acento de indignacion y de desprecio:—Arrójalo inmediatamen-

te al mar.—El capitán obedeció, y la ira de Dios se mostró á seguida. A medida que el grano caía en el agua, formábase delante del puerto un grandísimo banco de arena, que poco á poco mató el comercio. Este banco existe, con efecto, y se llama Vrouwensand, ó sea arena de la dama, y ofrece tal impedimento, que hasta las más pequeñas embarcaciones mercantes deben maniobrar con gran prudencia para poder salvarlo; y á pesar del gran muelle que se construyó para reparar este daño, no ha cambiado la suerte de la ciudad, condenada á morir.

Cuando el barco partió de Stavoren, se ocultaba el sol; pero no obstante la hora y la estación, el tiempo era tan plácido, que pude comer sobre cubierta; é inspirado por la grande idea de la desecacion del Zuiderzee, desequé hasta sus más recónditas profundidades, una botella de añejo Burdeos. Los pasajeros habían bajado á sus camarotes; el mar estaba tranquilo; el cielo dorado; el Burdeos exquisito; mi corazón en paz; entretanto, se desplegaba ante mi vista la ribera de la Frisia, defendida por dos series de palafitas que sostenían inmensos trozos de granito, de traquitas y de basaltos de Alemania y de Noruega, que dan á aquel país la apariencia de inmenso campo atrincherado.

Pasamos delante de Hindelopen, otra ciudad en decadencia donde no quedan sino unos mil ha-

bitantes, y conservan las extravagantes maneras de vestir, de muchos siglos atrás. Pasamos rozando por una serie de pequeños pueblos ocultos que nos advertían su presencia alzando por encima de los diques el dedo de hierro de sus campanarios, y llegamos, por último, á Harlingen, la segunda capital de la Frisia, todavía iluminada por los últimos rayos del sol poniente.

LA FRISIA.

Mientras el barco se aproximaba para desembarcar, me acordé de lo que me sucediera en Alkmaar, y para evitar el encontrarme en idénticas condiciones en Harlingen, para donde no tenía ninguna carta de recomendacion... me turbé.

Y tenía razon para turbarme; porque de la lengua frisona, que es una mezcla de holandés, dinamarqués y viejo sajón, casi incomprendible á los mismos holandeses, no comprendía ni una sola palabra; y sabía por añadidura que en la Frisia apenas hay quien hable francés. Preparéme, pues, con melancólica resignacion á gesticular, provocando la risa de la gente, dejándome conducir como un chico; y me puse á buscar con la vista, en medio del tropel de mozos de cuerda y de muchachos que esperaban los pasajeros en la orilla para asaltarlos, una cara más humana que las otras, á la cual confiar mi maleta y recomendar mi vida.